

Señales narrativas para la (re)configuración de una otra mirada en torno al oficio de educar¹

*Richard E. Hayek²
Oscar I. Cuellar³*

El encuentro con el otro nunca es de armonía, siempre es de tensión, de conflicto; reconocer las diferencias de los otros genera miedos, angustias, como también tiernas y solidarias complicidades.

Piedad Ortega Valencia

¿Qué es ser docente? Pregunta difícil y por demás compleja que, lejos de responder, pasaremos a abordar para brindarle algunas señales a quienes del otro lado de la pantalla comparten con nosotros tal incertidumbre, permitiéndoles un espacio de reflexión y entendimiento en torno a la discusión que recién hemos instalado: “El mundo es una fábula, sus sentidos infinitos, la narración⁴ un arte. Comienza la aventura” (Larrosa, 2003, p. 378).

Empezaremos diciendo que ser docente es tener un nombre, un rostro y una historia digna de ser narrada para la posteridad, detalles que en este caso toman cuerpo y forma en la persona de Viviana Andrea Moreno Valencia, una mujer de 27 años que se dedica a la docencia desde hace cinco, estudiante de pregrado⁵ en la Universidad del Tolima (IDEAD) en el programa de Licenciatura en Educación Básica con énfasis

en Lengua Castellana, profesora en ejercicio del Liceo Principito de Cajamarca – Tolima. Fue en el marco de las narrativas pedagógicas que, junto a mi compañero de CIPAS (Círculo de Integración y Participación Académica y Social), decidimos arriesgarnos a contar la historia de la profesora Viviana, de relatarla tal y como (nos) pasó por cuanto tuvimos que realizar varios viajes a su lugar de trabajo para conocer más a fondo esas particularidades personales y profesionales que la hacen ser ella, las cuales nos han llevado a (des)identificarnos con lo vivenciado como si fuéramos la parte inconclusa del cuento: una otra mirada en permanente (re) configuración a partir de lo narrado.

En ese sentido, agregaremos que ser docente es enfrentarse a las encrucijadas de la vida, pues en algún momento Viviana se vio empujada a elegir entre la psicología (su pulsión interna en tanto disciplina de estudio) y la docencia (la alternativa de capacitación más acorde a sus condiciones económicas para comienzos del año 2013). En relación a ello, es necesario anotar dos cosas: la primera, que Viviana resolvió su encrucijada decidiéndose por la profesión y no por su vocación; la segunda, que actualmente ella piensa seguir sus estudios en el ámbito de la cultura y las artes, pues su sueño es hacer

¹ El presente texto es el resultado de una investigación realizada en el Liceo Principito (Cajamarca – Tolima) durante los meses de octubre y noviembre del año 2017, la cual estuvo enmarcada en el Seminario de Profundización Sistematización de Narrativas Pedagógicas, opción de grado escogida por los suscritos para optar por el título de licenciados en Educación Básica con énfasis en Lengua Castellana.

² Licenciado en Educación Básica con Énfasis en Lengua Castellana. Instituto de Educación a Distancia. Universidad del Tolima.

³ Licenciado en Educación Básica con Énfasis en Lengua Castellana. Instituto de Educación a Distancia. Universidad del Tolima.

⁴ La palabra que aparece en la cita original de Larrosa es “lectura”. Simplemente nos hemos tomado la atribución de reemplazarla por “narración” de acuerdo a las pretensiones discursivas en que se sustenta nuestra investigación.

⁵ Hoy por hoy ya graduada, y aún como profesora en el Liceo Principito.

una maestría en Cultura. Sin embargo, cabe mencionar que Viviana ha procurado dar todo de sí para llevar a buen término los múltiples desafíos que encierra la profesión docente, o el oficio de educar como queremos darlo a entender: desde lo utópico de la formación humana a través de la enseñanza, pasando por los diversos sacrificios de desarrollarse como estudiante y profesora al mismo tiempo, hasta el férreo compromiso de no dar su brazo a torcer en cuanto a eso de la realización personal que día a día pareciera costarnos mucho más, debido al inusitado crecimiento de las cualificaciones ministeriales que abogan por la calidad educativa: un imperativo típico del sistema que (re)produce el (pre)supuesto de la competencia en todas y cada una de las esferas socioculturales donde nos vemos inmersos. Con respecto a esto último, Ortega manifiesta que:

La crisis de sentidos que vive la sociedad contemporánea, y en ella la escuela, repercute también en los modos de vida de los maestros, expresados en la valoración y oferta de lógicas de consumo como el sustento principal en torno al cual constituirse como sujetos sociales. Esta crisis está conduciendo a la profundización de un modelo de configuración de subjetividades que resalta y eleva prácticas de deconstrucción de vínculos sociales, manifestada en el individualismo como forma y contenido de toda existencia social. (2006, p. 4)

No obstante, si bien lo vivenciado en compañía de la profesora Viviana (con)tiene algo de esa tensión entre el (que)hacer profesional y el ser pedagógico en una sociedad abandonada a lo primero⁶, su praxis al interior del Liceo Principito nos fue mostrando nuevas perspectivas desde las cuales (re)pensar, o quizás (re)fundar, el rol docente ya no como algo supeditado a lo meramente profesional, sino como un otro lugar

abierto a la reflexión y siempre dispuesto a (re)encaminar la otrora premisa formativa vinculada con la (re)construcción de nuevo tejido humano de cara a lo por venir. De acuerdo a lo que observamos, experiencias que (con)forman el corpus narrativo en que se sostiene el presente texto, queremos anotar que ser docente es afrontar el oficio desde las propias flaquezas personales y profesionales que simbolizan lo que somos, es decir sujetos incompletos e inacabados, nacidos en –y para– las contingencias del vivir porque “... la educación tiene que ver sobre todo con la vida” (Contreras, 2016, p. 2), “O quizá” con “su exterior”, con “... lo otro de la vida, aquello que no se deja vivir, que no se puede vivir, pero a lo que la vida algunas veces apunta, o señala, como su afuera imposible” (Larrosa, 2003, p. 16).

De ahí que para nosotros haya sido gratamente revelador escuchar a la profesora Viviana en su estado natural, sin simulacros de por medio y despojados de cualquier prejuicio frente a su praxis pedagógica, pues los desaciertos lingüísticos y metodológicos también hacen parte de nuestro inventario vital como personas y docentes, aun cuando perviva la representación idealizada del “(...) buen profesor como alguien infinitamente seguro, atento y complaciente, técnicamente eficiente, insensible a los cambios de humor” (Ortega, 2006, p. 2). Al margen de ello, procuramos observar la praxis de la profesora Viviana a contraluz de su realidad escolar, dejándonos tocar sensiblemente por los claro-oscuros que permean los sucesos acaecidos en un aula de clase, percepciones que a la larga terminarían dándole un rumbo insospechado a nuestra investigación, ya que cada viaje que hicimos no tuvo una finalidad⁷, tampoco objetivos (pre)establecidos, sino que fue el mismo devenir de los acontecimientos lo

6 Hoy por hoy tenemos bachilleres de menos de diecisiete años, quienes son educados para la empleabilidad sin haber contado siquiera con un acompañamiento vocacional por cuanto al sistema no parece interesarle sino fabricar un sujeto que, como bien lo expresa Zuleta (2010), haya “... interiorizado la humildad frente a sí mismo, que solo le interese el éxito, la diferenciación, la promoción; mientras más tenga una mentalidad “técnicamente lacayuna” más éxito tendrá” (p. 24).

7 “De igual modo, este trabajo propició cuestionar la idea de que existe una sola forma de producir conocimiento, y comprender que los mecanismos de validación que institucionalizan dicha forma corresponden a diferentes dispositivos de poder que dan voz a determinados imaginarios y, a su vez, enmudecen otros” (Ortiz, N. La narración: puerta y espejo en la formación investigativa de maestros/as, *Revista Educación y Pedagogía*, 23(61), 2006, p. 136).

que le dio sentido y profundidad a la experiencia de viajar hacia Cajamarca para (re)encontrarnos una y otra vez con Viviana.

Así entonces, irrumpir en las clases y en la vida de la profesora Viviana, camuflados como miradores⁸ del entorno escolar del Liceo Principito, fue de vital importancia para entender la confluencia de imaginarios culturales que afloran y se entrecruzan en un aula de clase, vinculándose unos a otros mediante constructos cognitivos, simbólicos y afectivos que hacen del encuentro un algo (in)comprensible, pues mientras que el MEN y las políticas educativas sustentan la enseñanza desde el ámbito conceptual y procedimental significado mediante el modelo por competencias, lo evidenciado en el Liceo, durante los cuarenta y cinco minutos que duró cada encuentro formativo, ofrece una otra visión de los procesos de enseñanza-aprendizaje (re)dimensionada a través de la (co)implicación afectiva entre docentes y estudiantes, en este caso entre la profesora Viviana y los niños y niñas que están a su cargo de lunes a viernes, mes a mes, desde el inicio y hasta el final de cada año lectivo. Fue sorprendente para nosotros contemplar cómo, a pesar de los fallos en tanto lenguaje y didáctica de la profesora Viviana, sumándole algunos gestos poco gratos de cara al sujeto-estudiante, los niños y niñas del Liceo parecieran quererla casi que incondicionalmente, percepción que quizás esté relacionada con la pedagogía del amor: el hilo conductor del andamiaje curricular del Liceo.

Sabemos que el (pre)supuesto del amor está devaluado hoy por hoy, incluso Bauman le dedica un libro titulado *El amor líquido*, pero el amor no es aquí un sofisma de distracción, tampoco un recurso estilístico para hacer sonrojar la palidez de las páginas, mucho menos

un impulso romántico de los quienes al margen de estas palabras, nada de eso, el amor es una realidad evidente no solo en el tono vocal de la profesora Viviana cuando habla de –y con– sus estudiantes, sino también en la manera como ellos vivencian las clases una vez que Viviana toma la palabra para saludarlos o queriendo saber, simplemente, por qué no vino Duver o qué le sucede a Sofía. Creemos que el amor o, en otras palabras, la (co)implicación afectiva que permea la praxis de la profesora Viviana es una especie de mecanismo para sublimar la ausencia de su mamá, la señora Omaira Valencia, quien falleció cuando Viviana era apenas una niña. Según lo que pudimos (des)entrañar de una entrevista⁹ que sostuvimos con Viviana recién hace dos días, los recuerdos más preciados de su infancia tienen todo que ver con la imagen materna, tanto en cuidado y acompañamiento, como también en cierto atisbo de alegría que percibimos mientras hablábamos con ella. Así, esos gestos de cuidado y acompañamiento que subyacen en la memoria de Viviana, quien como ya hemos dicho no siente la docencia como un oficio sino como una profesión, se han ido desplazando (in)conscientemente hacia su praxis, (trans)formando su quehacer pedagógico en un otro medio para transmitir, de cara a los niños y niñas del Liceo, todo ese compendio de enseñanzas que le fueran brindadas por su madre a temprana edad.

En consecuencia, es grato para nosotros expresar que ser docente es hacerse querer y brindar cariño, es amar para recibir como contraprestación el amor de nuestros estudiantes, es (co)implicarse con los niños y niñas que acuden a la escuela, procurándoles un gesto¹⁰ de acogida o una palabra de consuelo o una mano amiga o una sonrisa cómplice que les augure la primavera aquí y ahora, no mañana

8 “Un mirador dispone, arregla, ilumina, agrega, superpone, maquilla, oscurece, emborriona, se acerca, se aleja... Un mirador degusta, cata, rumia lo que el mirón traga con premura” (Vásquez, F. *Más allá del ver está el mirar. Pistas para una semiótica de la mirada*, Colombia, 1992, pp. 2-3).

9 Tanto la entrevista, como el análisis en torno a lo que ésta nos dejó, se encuentra disponible en el link referenciado en la *Nota 1* del presente texto.

10 “La vuelta al gesto. Una palabra. Una señal. Muchas cosas de la formación se resuelven en el gesto, en la palabra, en la señal que crea vínculos entre los sujetos y saberes. Sin embargo, mucho de esa experiencia que vincula es incalculable” (Silgado, A. *(Entre) escritura y formación: nota(s) al pie*. Colombia, 2016, p. 60).

ni en un futuro¹¹ promisorio. Claro está que el rasgo cognitivo no puede dejarse de lado, ya que es el elemento primordial en cada uno de los modelos pedagógicos, tanto los de ahora como aquellos otros que ya han caducado, pero las experiencias narrativas recolectadas en nombre de la profesora Viviana aparecen, quizás, como un testimonio (in)creíble o, tal vez, como un eco extraño proveniente de un pasadizo secreto dentro de un lugar que parecía estar clausurado a cualquier iniciativa de cambio como lo es el ámbito escolar. A ello, Antelo (s.f.) acota que “Una vez la escuela transforma positivamente su voluntad de reclusión, las prácticas parecen ser otras: asistencia, afecto, protección, seguridad, abrigo. Así, la escuela no es solamente cárcel o encerrona, sino refugio, segundo hogar, comunidad” (p. 4).

Tomaremos la palabra “comunidad” de la línea recién transcrita para esbozar algunas consideraciones más en torno a la discusión que nos aboca. Como lo hemos dicho en páginas anteriores, la praxis pedagógica de la profesora Viviana se circunscribe en la comunidad educativa del Liceo Principito de Cajamarca – Tolima. Dicha precisión nos da pie para señalar que ser docente es pertenecer a un lugar, a un entramado simbólico de saberes y sentires diversos que, en su mismo devenir, confluyen con la (pre) tensión de (trans) formar el espacio escolar y, a su vez, ser (trans) formados mediante un vínculo dialéctico entre quienes participan de los hechos educativos celebrados allí. Por tal motivo, no se es docente desde la individualidad, nadie puede serlo, puesto que para ser docente necesitamos de esos otros que son nuestros estudiantes; quienes, al reconocer(nos) en –y por– lo que hacemos, le agregan nuestro nombre a la consabida etiqueta profesional que nos convierte en responsables de las muchas vidas y mundos que tenemos a cargo, es decir,

la profesora Viviana no sería tal sin un grupo de niños y niñas que la llamaran “profesora Viviana”: “Porque sí el único responsable es uno mismo, ¿para qué quiero a alguien más?, ¿quién necesita al otro?, ¿quién precisa de mí?... la educación no se entiende si no hay más de uno” (Antelo, 2004, p. 60).

Ahora bien, ¿a qué viene el apunte con visos de obviedad? Sencillo: así como nosotros necesitamos del reconocimiento de nuestros estudiantes, ellos también necesitan ser (re) conocidos en sus nombres y particularidades, en sus contingencias y potencialidades, en sus carencias afectivas y gestos por ofrecer, en su lenguaje distint(ivo) y atributos insospechados, en lo que (no) son y podrían llegar a ser, en lo que (de)muestran y aquello otro que esconden, en lo que (des)dicen y dan de que hablar... En el caso de la profesora Viviana, fue sorprendente escucharla hablar de sus estudiantes como si los conociera de toda la vida, como si en efecto fuera verdad aquello que nos dijera acerca de que los niños y niñas la ven como una amiga y confidente, como si entre ella y sus estudiantes no hubieran sesgos de autoridad muy marcados, como si el oficio de educar no tuviera que ver tanto con el aprendizaje, sino con un algo trascendente que podría asemejarse a eso que sentimos cuando estamos en casa, en nuestro hogar, cobijados por un aire familiar y entrañable que comenzamos a echar de menos cuando ya no estamos allí. Fue gracias a la profesora Viviana que Oscar y yo tuvimos el placer de conocer a Duver, un ávido lector de libros; a Jorge, un niño con síndrome de Asperger que sueña con ser científico; a Santiago, un conocedor de temas diversos y poco usuales para su edad; a Ricardo y su humor siempre nuevo; a Sofía, una niña con un (des) interés inusitado hacia las clases, pero muy bien dotada musicalmente, ya que hace parte de la banda del Liceo; a María Alejandra y su talento

¹¹ “Con la palabra “futuro” nombraré nuestra relación con aquello que se puede anticipar, que se puede proyectar, prever, predecir o prescribir, con aquello sobre lo que se pueden tener expectativas razonables, con aquello que se puede fabricar (si entendemos con María Zambrano que “*lo que se fabrica es lo que va de lo posible a lo real*”) con aquello que depende de nuestro saber, de nuestro poder y de nuestra voluntad” (Larrosa, J. *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México, 2003, p. 659).

en lenguaje y matemáticas; a Anita y su modo peculiar de cantar rondas infantiles...

Como se habrán podido dar cuenta, la docencia es más que una profesión y ser docente no es solamente saber ciertas cosas y desarrollarlas muy bien metodológicamente hablando. En ese (des)orden de ideas, la profesora Viviana Andrea Moreno Valencia no será una docente modelo, así como nosotros nunca seremos unos narradores pedagógicos consumados, pero lo verdaderamente revelador de esta investigación es (re)conocer que tanto ella como nosotros somos lo que somos, inclusive, si lo pensamos con detenimiento es posible que alguien del otro lado de la pantalla haya logrado sentirse (des)identificado a partir de todas y cada una de las señales puestas en consideración: unos se habrán sentido docentes en su nombre y su persona, en su cuerpo y su rostro, en su historia y sus recuerdos; otros lo habrán hecho desde las encrucijadas propias de su vida o (re)capitulando contingencias ajenas; los demás quizás habrán sentido la náusea del tiempo al leer palabras como flaquezas y vicisitudes, dejándose llevar por un mareo intempestivo de la existencia para con la sensación de apenas (sobre)vivir, y así sucesivamente las imágenes mostradas habrán hecho de las suyas con lo que ustedes, nuestros lectores, han pensado o creído saber en torno a la docencia y el oficio de educar. Solo unos pocos, quizás un puñado, tal vez una docena, habrá clavado sus ojos en determinada página para mirar, con alma y corazón, aquél pasaje dedicado al amor, a la (co)implicación afectiva para parecer menos románticos y más racionales.

A ellos, o mejor, a todos los (nos)otros aquí reunidos, el maestro Alex Silgado tiene una última cosa que contar(nos), pero antes de que su voz emerja inundando de poesía los pliegues de estas líneas epilogales, queremos agradecer desde aquí y hasta siempre a la profesora Viviana por sus continuos gestos de apertura en favor de nuestra investigación. Sin más reparos, veamos que tiene para (des)decir-nos el maestro Alex:

Esta mañana quisiera compartirte unas palabras que he venido cultivando en ese intento por responderte a lo que hace días me preguntaste. ¿Lo recuerdas?; luego de una agitada clase, mientras empacaba en mi bolso los libros y materiales que había traído, te acercaste y me preguntaste, quizá con cierto temor, sobre cómo me había hecho maestro y si valía la pena seguir siéndolo en este tiempo... Sinceramente, no es que tenga algo claro para decirte; creo que la vida no tiene la forma de un proyecto con objetivos y metodologías predefinidas para llegar a un punto que se supone como meta; más bien la vida es lo que no se deja atrapar ni prefigurar pese a nuestros objetivos; y como bien me has escuchado decir muchas veces, la vida es eso que nos sucede mientras intentamos dominar nuestras contingencias, pero que se resiste a ser encasillada pues solo podemos hablar de ella a través del testimonio que nos dejó la experiencia de lo vivido. Pues bien, creo que es eso, solo eso; en estas cortas líneas solo te podré dar algunos testimonios de lo que mi memoria ha salvado de esos extraños días en que me ido convirtiendo en uno de esos Alex que soy, y quizá uno de los que más me agrada, el que se reconoce como maestro. Eso no fue algo que proyecté en mi vida, sencillamente fue sucediendo. Todo esto es como una metamorfosis, cuando de repente de descubres convertido en otro: “Nosotros los de entonces ya no somos los mismos” dirá Neruda. (Silgado, s.f., p. 1)

Referencias bibliográficas

- Antelo, E. (2004). ¿Qué quiere usted de mí? *Revista la Educación en nuestras manos*, (72), 58-62.
- Antelo, E. (2007). “Alarma en la escuela. Miedo, seguridad y pedagogía”. *Revista Propuesta Educativa*, 1(27), 7-17. Recuperado de: http://propuestaeducativa.flacso.org.ar/archivos/dossier_articulos/1.pdf

Contreras, J. (2016). *Tener historias que contar: profundizar narrativamente la educación*. *Revista Roteiro*, 41 (1), 1-19. Recuperado de <http://editora.unoesc.edu.br/index.php/roteiro/article/view/9259/6990>

Larrosa, J. (2003). *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México: FCE.

Ortega, P. (2006). Subjetividades del maestro en la escuela. Nuevos sentidos y configuraciones. *Revista Nodos y Nudos*, 3(21), 1-9. Recuperado de <http://revistas.pedagogica.edu.co/index.php/NYN/article/view/1287/0>

Silgado, A. (s.f.). *Carta a un(a) estudiante de Licenciatura*. Inédito.

Referencia

Richard E. Hayek, Oscar I. Cuellar. *Señales narrativas para la (re)configuración de una otra mirada en torno al oficio de educar*

Revista Ideales (2020), Vol. 11, 2020, pp. 19 - 24

Fecha de recepción: noviembre 2019 Fecha de aprobación: agosto 2020